

INÉS DE LAS SIERRAS.

(Continuación del número anterior).

Se observó de nuevo un silencio todavía más prolongado, más profundo, más triste que el primero. Todos nos hallábamos aisladamente entregados a nuestras particulares cavilaciones. Boutraix, á un inconsiderado terror que le había privado hasta de la facultad de razonar; Sergy, á los goces interiores de un amor naciente, cuyo objeto realizaba los sueños favoritos de su extraviada imaginación; y yo mismo, a la meditación de estos altos misterios de los cuales temía haber formado en otro tiempo opiniones temerarios. Nosotros debíamos asemejarnos á estas figuras petrificadas de los cuentos orientales, que la muerte ha arrebatado en medio de la vida y cuyas facciones redejón para siempre la expresión del sentimiento pasajero de que estaban poseídos ni morir. La fisonomía de Inés, parecía mucho más animada; pero era tanta la movilidad de los diferentes aspectos que ella instantáneamente presentaba á causa de un encadenamiento inexplicable de ideas, como si hubiera estado dominada por un sueño, que habría sido imposible determinar la que lo ocupaba al momento en que riéndose volvió á tomar la palabra y dijo:

—Ya no me acuerdo de lo que ahora poco os suplicaba me explicaseis, pero bien sabéis que mi cabeza no puedo sufrir la conversación de los hombres, desde que una mano que amaba y me asesinó, me arrojó á la mansión de los muertos. Compadeceos, yo os lo suplico, de la flaqueza de espíritu de un ser que resucita, y perdonadme que me haya hasta ahora olvidado contestar al brindis que echabais á mi salud al momento de entrar yo. Señores, añadió ella, levantándose con una gracia inimitable y presentándonos su vaso, Inés de las Sierras brinda a su voz por vosotros todos. Por vos, noble caballero! que el cielo os sea favorable en vuestras empresas! Por vos, escudero melancólico, a quien alguna secreta pena debe haber turbado vuestro natural humor; que días mus propicios que esto, os restituyan a una calma exenta de sinsabores. Per vos, bello paje que con vuestra tierna languidez manifestáis tener una alma llena de dulces zozobras; permita el cielo que a mujer dichosa que ha fijado vuestro amor, os corresponda con otro digno de vos, y si acaso todavía amáis, que pronto améis una beldad que os ame! Por vuestra salud, señores míos...!

—Oh ! yo amo, y amo para siempre! exclamó Sergy. Quién puede veros y no amaros! Por Inés de Sierras, por la bella Inés.

—Por Inés de las Sierras, repetí yo, levantándome de mi asiento.

—Por Inés de las Sierras, murmuró Boutraix, sin moverse de su lugar; y por la primera vez en su vida acompañó á brindar sin beber.

—Por vosotros todos, contestó Inés, llevando por segunda vez su vaso a la boca, pero sin apurarle.

Sergy se apoderó inmediatamente de este vaso y aplicó ú él sus férvidos labios; y no sé por qué me vi inclinado á impedirselo, como si hubiera creído que iba á beber en él la muerte.

En cuanto á Boutraix, él había vuelto á sumergirse en una especie de estupor inconsiderado que absorbía todo su ser.

—Muy bien, dijo Inés, colocando su brazo al rededor del cuello de Sergy, y poniendo de vez en cuando sobre su corazón una mano tan incendiaria como aquella de que nos ha hablado la leyenda de Esteban. Esta es la más agradable y encantadora noche que yo haya pasado en todos los días de mi vida. Todos nos encontramos tan alegres! **¿No es verdad, señor escudero que lo que aquí nos hace falta es el encanto de la música?**

—Oh! dijo Boutraix, que ya no podía articular palabra, irá ella á cantar?

—**Cantad, cantad, respondió Sergy**, pasando su mano trémula por la cabellera de Inés, vuestro Sergy os lo suplica.

—Con mucho gusto, respondió Inés; pero la humedad de estos subterráneos debe haber alterado mi voz, que todos encontraban en otro tiempo bella y pura. Por otra parte, yo no sé sino tristes canciones impropias para una tertulia báquica, en donde solo debieran resonar alegres himnos. **Esperad, continuó ella, levantando sus divinos ojos al ciclo y entonando un celestial preludio. Es el romance de la Niña matada, que será tan nuevo para vosotros como para mí, porque es ahora que voy á componerle cantando.**

¿Quien no ha tenido la ocasión de conocer el atractivo seductor que comunica á una voz inspirada, el movimiento animado de la improvisación? Desgraciado de aquel que escribe fríamente su pensamiento elaborado, discutido, pasado por el crisol de la reflexión y el tiempo! Jamás logrará conmover penetrando hasta las más recónditas simpatías de los corazones. Presenciar la creación de un pensamiento sublime, ver este destello del genio del artista, como Minerva de la cabeza de Júpiter, sentirse llevado en su vuelo hacia las regiones desconocidas de la imaginación, en las alas de la elocuencia, de la poesía, de la música; es

uno de los goces más vivos que á nuestra imperfecta naturaleza es dado experimentar; es el único aquí en la tierra que la trasporte á la divinidad de que toma origen.

Lo que acabo de deciros fue lo que experimenté al oír los primeros acentos de Inés, y todos los idiomas carecen de términos con qué expresar lo que experimenté después. Las dos esencias de mi ser se separaban distintamente en mi pensamiento; la una, inerte y tosca, cediendo á su peso natural, mantenía se clavada a uno de los asientos de Gismundo; la otra, ya transformada se elevaba hasta el cielo con las palabras de Inés, y recibía de ella, á su arbitrio, todas las impresiones de una vida nueva, inagotable en voluptuosidades. Estad persuadidos de que si algún desgraciado ingenio ha llegado á dudar de la existencia de este principio eterno, que se llama alma, cuya vida inmortal se halla por algunos días unida á la nuestra perecedera, **es porque no habría oído cantar á Inés ó a otra beldad que cantase como ella.**

Bien sabéis que mis órganos no son insensibles á este género de emociones, pero estoy lejos de creerlos bastante delicados para experimentarlas en toda su fuerza. No puedo decir lo mismo de Sergy. cuya alma estaba como cautiva en su organización y unida, al parecer, á la humanidad solo por frágiles vínculos susceptibles de romperse y dejarla libre al solo intentar ella desprenderse de ellos. Sergy gemía, Sergy lloraba, Sergy estaba fuera de sí, y cuando Inés se dejaba arrebatada por inspiraciones aún más sublimes que las que hasta entonces habíamos oído, ella parecía llamarle con una celestial sonrisa. Boutraix se había despertado un poco de su profundo abatimiento y tenía fijos en Inés dos grandes ojos muy atentos en que la expresión de un placer asombrado, había por un momento reemplazado la del espanto. Bascara no había cambiado de posición, pero las dulces sensaciones del artista comenzaban á triunfar de los temores del hombre vulgar. De cuando en cuando levantaba su rostro en que se veía pintada la admiración luchando con ni terror, y el éxtasis ó la envidia le hacía suspirar.

Inés terminó su canto con un grito de entusiasmo. Ella sirvió entonces para beber en rueda, y en además resuelto hizo encontrar su vaso con el de Boutraix. Este retiró el suyo, me miró y bebió. Yo volví ó llenar nuevamente los vasos y saludé á Inés.

Ay! dijo ella, ya no sé cantar, á menos que esta sala no os haya revelado lo que es mi voz. En otro tiempo no había un solo átomo de aire que no me respondiese prestándome una consonancia. La naturaleza me niega ya estas omnipotentes armonías que yo consultaba, oía y se hermanaban a mis palabras, cuando era dichosa y amada. **Oh! Sergy, continuó ella mirándole tiernamente, es menester ser amada para cantar!**

—Amada, exclamo Sergy, colmando su mano de besos! Adorada, idolatrada, como una diosa. Si para inspirar tu genio, solo se necesita hacerte el sacrificio ilimitado de un corazón, de una alma, de tina eternidad, **canta Inés, vuelve á cantar, no ceses de cantar.**

—Yo también bailaba, repuso ella reposando lánguidamente su cabeza sobre el hombro de Sergy: **pero como podré bailar sin música.**

Pero qué portento! añadió ella de repente. Algún propicio demonio me ha puesto en el cinturón estas castañetas y se las desató riéndose.

—Llegó ya el día irrevocable de la condenación, dijo Boutraix, cumpliése el misterio de los misterios! El día del juicio se aproxima! Va á bailar!

Mientras que Boutraix hablaba, lo es se levantó y dio principio al baile con pasos graves y (en la mente mesurados, en los que, con imponente gracia, ostentaba la majestad de sus formas y la nobleza de sus actitudes. Nuestro asombro subía de punto á medida que ella cambiaba de lugar mostrándose bajo nuevos aspectos, como si otra hermosa joven diferente se hubiera presentado de repente á nuestra vista, pues hasta este punto sabia ella sobrepujarse á sí misma en la infinita variedad de sus posturas y movimientos. Así que á beneficio de rápidas metamorfosis la vimos sucesivamente va con una grave dignidad, ya con las dulces emociones de un placer moderado que gradualmente acrecienta, ora con la muelle languidez de la voluptuosidad, ora poseída de un gozo delirante, ó bien en un éxtasis todavía más delirante imposible de definir; desapareció luego en medio de las lejanas tinieblas de aquella inmensa sala, y **el son de las castañetas se apagaba á medida que se alejaba y continuaba disminuyéndose hasta que dejábamos de oírle,** dejando de verla; inmediatamente volvíase a percibir el son á lo lejos y gradualmente aumentaba hasta que llegaba á su máximum, volviendo repentinamente á presentarse en el lugar en que *menos* la aguardábamos, al resplandor del torrente de luz que arrojaban nuestras antorchas; y entonces se acercaba de nosotros á punto de tocarnos ligeramente con su traje, redoblando con aturdidora volubilidad las animadas castañetas que chirriaban como cigarras, despidiendo en medio de su monótono estrépito, sonidos aislados y agudos, pero tan tiernos que penetraban hasta el alma. Alejábase de nuevo y se medió sumergía en las sombras, y se aparecía y volvía a desaparecerse sucesivamente, ya huyendo expresamente de nuestra vista, ya procurando dejarse ver; y luego nada veíamos, nada oíamos

sino una lejana y lastimera nota semejante al suspiro de una virgen agonizante; y nosotros nos quedamos asombrados, con el corazón palpitando de admiración y temor, aguardando el momento en que su velo arrebatado por el movimiento de la danza viniese a tremolar y a iluminarse en medio de la luz de *nuestras* antorchas, ó en que su voz nos avisase la vuelta con un grito de alegría al que respondíamos sin querer, porque hacia vibrar en nosotros una multitud de ocultas armonías. Aparecíase en fin y revoloteando cual flor que el viento ha desprendido de su ramo, despedíase violentamente de la tierra, como si hubiera estado a su arbitrio abandonarla para siempre, y volvía á bajar como si hubiera estado ó su arbitrio no tocarla con su planta; ella no brincaba; habríais creído que la tierra no hacía otra cosa que brotarla y que un decreto misterioso de su destino no le permitía tocarla sino con la precisa condición de volar al instante. Y su cabeza inclinada con la expresión de una cariñosa impaciencia y sus brazos graciosamente curvados, en ademán de llamar y suplicar, parecían implorarnos que la detuviésemos. Sergy cedió á esto irresistible atractivo, al momento que yo estaba para ello y envolviéndola en sus brazos.

—No te vayas, le dije, ó yo muero!

—Parto! respondió ella, y moriré si tú no vienes! Alma de Inés, vendrás tú?

Y ella cayó medio sentada en el asiento de Sergy, enlazadas las manos alrededor del cuello y esta vez dejó realmente de vernos.

—Oye Sergy, continuó Inés, al salir de esta habitaba, tú verás a la derecha un corredor largo, estrecho, oscuro. (Yo le había notado al entrar.) Tendrás que seguirle mucho tiempo pasando con precaución sobre baldosas todas rotas. Sigue, sigue adelante. No desmayes vista de la infinidad de vueltas y revueltas que se te presenten; es imposible perderse en él. Bajarás gradas por las que se pasa de un piso á otro hasta los subterráneos. Faltan algunas, pero clamor salva fácilmente estos obstáculos que no lo han sido para Una débil mujer que ha querido venir á verte. Sigue, sigue adelante. De esta manera llegarás a una escalera tortuosa, aún más deteriorada que todo lo demás, pero tú me encontrarás arriba y desde allí te guiaré yo. No hagas caso de mis búhos, porque hace mucho tiempo que no tengo otros amigos. Ellos obedecen a mi voz y por las lumbreras entreabiertas del sepulcro que habito, los liaré salir con sus pichoncitos pura que se refugien en las almenas. Sigue, sigue adelante. Pero ven y no tardes.... Vendrás tú?

—Que si voy! exclamó Sergy, Oh! venga primero la muerte eterna untes de dejar yo de seguirte á todas partes!

—Quien me ama me sigue, respondió Inés, prorrumpiendo en una risa espantosa.

Al instante ella recogió su mortaja y no la volvimos á ver más; la obscuridad de las partes retiradas de la sala nos la había ocultado para siempre.

Inmediatamente me dirigí hacia Sergy y le agarré fuertemente. Boutraix á quien el peligro de su camarada había hecho volver en sí, vino a secundar me. El mismo Bascara se levantó.

—Caballero, dije yo ó Sergy, como mayor en edad, y más antiguo que vos en el servicio, cuino vuestro amigo, como vuestro capitán, os prohíbo moveros de aquí. No ves hombre de Dios que vas á hacerte responsable de la vida de todos nosotros! ¿Cómo es que no conoces que esta mujer, demasiado seductora por desgracia, no es sino el mágico instrumento de que se sirve una partida de bandidos oculta en esta horrible guarida para separarnos y perdernos! Si tú estuvieras solo y en libertad de disponer de tu persona, conocería tu desatino y no podría hacer otra cosa que compadecerte; Inés posee los suficientes atractivos para justificar semejante sacrificio. Pero considera que no se ha encontrado otro modo de reducirnos que aislándonos, y si hemos de morir aquí, debemos morir, 110 en una torpe emboscada, sino vendiendo caro nuestra vida á los asesinos. Sergy, tú eres más bien nuestro que de ninguna otra persona, tú no te separaras de nosotros....!

Sergy, cuya razón parecía combatida por una multitud de sentimientos contrarios, me miró fijamente y cayó desfallecido en su silla.

—Ahora, acá, Señores, continué yo, haciendo dificultosamente girar la puerta sobre sus goznes enmohecidos. Reunamos estos viejos muebles á manera de parapeto para formar con ellos una muralla. Infalliblemente nos atacarán esta noche, pero mientras que la destruyan tendremos tiempo de echar mano á nuestras armas y ponernos en guardia. Estamos en estado de resistir á veinte salteadores, y dudo mucho que aquí los haya.

—Yo también lo dudo, dijo Boutraix, cuando acabamos de tomar estas precauciones y nos volvimos á colocar alrededor de la mesa cerca de la cual se había también sentado Bascara, un poco más animado al vernos tan resueltos. Las medidas que el capitán acaba de tornar las aconseja la prudencia, y el guerrero más intrépido en nada mengua su valentía poniéndose á cubierto de una sorpresa; pero la idea que él se forma de este castillo me parece destituida de toda verosimilitud. ¿Cómo es posible creer que en el tiempo en que vivimos, bajo el terror de nuestras armas y en medio de la infatigable actividad de nuestra policía, una partida

de malvados pueda ocupar las ruinas de un gótico edificio á media legua de distancia de una gran ciudad ! Esto es todavía más imposible que todo lo que ahora poco negábamos fuese posible.

—A la verdad dije yo en tono de burla, crees tú, Boutraix, que Voltaire y Pirron opinasen lo mismo?

—Capitán, replicó él con una grave dignidad de que nunca le habría creído capaz, y que sin duda le inspiraba la naturaleza de las nuevas ideas que comenzaba á abrigar su entendimiento, la ignorancia y presunción de mis juicios han merecido esta ironía, pero yo no me ofenderé por esto. Creo que Voltaire y Pirron no explicarían mejor que yo lo que acaba de pasar a nuestra vista; pero sea lo que fuere de este acontecimiento y de lo demás que pueda suceder, yo tengo para mí que el enemigo con quien tenemos que haberlas ahora no necesita encontrar las puertas abiertas.

—Agréguese á eso, dijo Bascara, que semejante expediente no cubo en la cabeza do los ladrones más torpes; enviándoos esta Inés tan sabida, á quien tenéis por su cómplice, ellos no harían otra cosa que alarmaros, como ha sucedido, en vez de entreteneros. ¿Cómo podéis creer que á ellos se les hayan ocurrido **que** puede haber un hombro tan loco (y perdóneme el Sr. Sergy) como para querer seguir una fantasma hasta su tumba! Y no siendo posible contar con semejante resultado, ¿qué ganarían con costear esta prodigiosa aparición, con la que no se lograría otra cosa que llamar vuestra atención? ¿No hubiera sido más natural dejaros pasar la primera noche engañados por una indiscreta confianza, y aguardar el momento en que estuvierais rendidos por el sueño ó el licor, para no tener otro trabajo que degollaros sin peligro, dado caso que vuestros despojos, de suyo insignificantes, y más propios para hacer descubrir á los delincuentes, que para enriquecerlos, ofreciesen un incentivo seductor a *su* codicia? Yo no veo, por mi parte, en esta explicación, sino el esfuerzo do un espíritu incrédulo que se róbelo contra la evidencia, y que quiero más bien dar ascenso á los cálculos de una lucía prudencia que á los milagros de Dios.

—Muy bien, Sr. Bascara, no se podría discurrir mejor y confieso que vuestras razones me convencen. Pero si la explicación que he dado no es admisible;

¿Creéis que no puado presentaros inmediatamente otra que tengo reservada? Paréceme que tenéis ahora la serenidad suficiente para oírme; y lo tranquilo que repentinamente os halláis después de haberos ahora poco sumamente espumado, será una consideración más que vendrá a reforzar si fuere necesario, el número de mis pruebas. Sois cómico, Sr. Bascara, y buen cómico; puedo asegurarlo; esta noche lo habéis manifestado mejor que ninguna otra voz en Girona. Esta maravillosa cantatriz, esta danzarina incomparable que tenéis probablemente reservada para la apertura del teatro de Barcelona, no la conocéis? ¿No habría sido muy curioso ver el efecto que ella produjera en una escena admirablemente conducida, contando con la sensibilidad irritable de tres buenos aficionados, cuyo entusiasmo puede servir de garantía a vuestros futuros triunfos? Vuestra vanidad española no se habría acaso divertido al mismo tiempo acogiendo, tal vez ligeramente, la esperanza de infundir inquietud y temor á tres oficiales franceses? ¿Qué diréis á esto, Sr. Bascara?

Ah! ah! dijo Boutraix sonriéndose y apurando su vaso, porque lo que él deseaba era un protesto, para volver a ser como antes gran filósofo; qué responderás tú a esto bribonzuelo?

—Vamos allá, continué yo, tomándole la mano, no creáis que nosotros tomemos tan á mal la chanza como para molestarnos; demasiado nos hemos nosotros divertido para querer acriminarla. Aun me atrevería á asegurar, sin temor de ser desmentido por mis camaradas, que cada uno de nosotros pagaría de buena gana su asiento en el ensayo; pero ahora que se ha concluido la comedia, debéis poner en el secreto á unos honrados oficiales de quienes nadie se burla impunemente, sobre todo, cuando un hombre como vos puede felicitarse de tenerlos por amigos. Explicaos con franqueza, destruyamos estos ridículos parapetos y volved á llamar á Inés. Yo os prevengo que vuestro silencio llevado más allá de los límites que nuestra urbanidad se ha dignado concederos, nos irrogaría una injuria atroz, que os podría costar caro! Vamos, por qué no respondéis?

—Porque es inútil responder, dijo Bascara. Si reflexionais un momento, os evitaríais el trabajo de hacerme la pregunta. Yo apelo á vosotros mismos.

—Pero bien, Sr. Bascara, paréceme haber hablado con bastante precisión.

—Bien puede ser precisa vuestra explicación, replicó Bascara, pero no verisímil. Oídmeme y os convenceréis. No es verdad que me habéis encontrado esta mañana en el coche de Esteban? No es verdad que habéis tomado asiento en él á mi lado? No es verdad que era imposible que yo os aguardase? No es verdad que desde entonces no me he separado un momento de vosotros?

—Es verdad, dijo Sergy.

—Es verdad, repitió Boutraix.

—Continuemos, dijo Bascara. Pude yo prever la inesperada tempestad que nos ha cogido de improviso al salir de Girona? Pude yo prever que no llegaríamos hoy a Barcelona? Pude yo prever que la posada de Mataró

estaría llena? Pude yo proveer que formaseis el temerario proyecto de pasar la noche en el castillo de Gismundo cuyo aspecto solamente hace erizar el pelo á los viajeros? No me he opuesto á esta resolución abiertamente, y no es verdad que si he venido aquí ha sido porque he tenido que ceder casi á la fuerza

—Es verdad, dijo Boutraix.

—Es verdad, repitió Sergy.

—Hay más, respondió Bascara. Con qué objeto podría yo haber organizado esta prodigiosa intriga? Con el de ver el efecto que produciría en tres oficiales de la guarnición de Girona, el estreno de una cantatriz, de una danzarina como la que acabáis de ver? Ya que queréis llamarla así, yo no me opondré a ello. Pero á la verdad, señores míos, habéis formado un concepto demasiado elevado de la munificencia de un pobre administrador de teatro del interior, suponiendo que quiera dar semejantes representaciones gratis. Oh! si yo tuviera una actriz como Inés (el Señor se sirva dispensarle su misericordia) buen cuidado hubiera tenido de no exponerla á un mortal romadizo en las húmedas bóvedas do este maldito edificio, ó á torcerse un pie en medio de sus ruinas. No la llevaría, bien seguro, á Barcelona, en donde ni aun agua que beber hay después de la guerra, cuando podía hacerme millonario en solo una estación en el teatro de la *Scala de Milán ó en la opera de París*. Qué digo, en una estación! en una sola noche, con una *cavatina*, con solo una pirueta! La Pedrina de Madrid, de la que tanto se ha hablado, a pesar de no haberse presentado sino una vez en la escena, y que dicen se despertó al día siguiente con los tesoros de la corona, la misma Pedrina, repito, n0 merece descalzarla. **Una cantatriz como la que habéis oído!** Una danzarina que no ha llegado a tocar el tablado con el pié.....! [...]

Enlace al documento en:

[Base de datos: Música en el semanario El Nacional \(1834-1841\)](#)

Enlace al blog:

[Noticias musicales en el semanario El Nacional \(1834-1841\)](#)